

2012

Palabras encendidas en el huracán

Lina Meruane

Citas recomendadas

Meruane, Lina (April 2012) "Palabras encendidas en el huracán," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 75, Article 28.

Available at: <http://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss75/28>

PALABRAS ENCENDIDAS EN EL HURACÁN

Lina Meruane
New York University

(Texto de recepción del XX Premio Sor Juana Inés de la Cruz.
Guadalajara, 28 Noviembre 2012.)

Me han pedido que diga unas palabras y he dicho ya tantas en las últimas semanas (muchas más de las que acostumbro). Quisiera entonces compartir apenas un par de reflexiones iniciadas en medio de una tormenta. Contarles que durante un violento huracán (y esto no es realismo mágico latinoamericano sino el realismo trágico del calentamiento global), que durante el huracán sonó el teléfono y una voz distante me anunció que yo era finalista del premio Sor Juana.

Lo que dijo después me asombró aun más. Si estaría yo dispuesta a recibirlo. Era una extraña pregunta si se la piensa sin contexto, pero en esos días un célebre escritor español acababa de rechazar un importante premio nacional. Tal vez, a sus alturas, ya no fuera un premio necesario. Pero yo, en cambio, no he estado nunca en condiciones de rechazar un premio, pensé, yo no vivo de la literatura sino de su enseñanza, y un premio a una novela es, sobre todo, una beca para la próxima.

No era pura matemática, la de ese cálculo.

Se me cruzó por la cabeza que Sor Juana, sin premios a su enorme talento; sin estímulos sino al contrario, infinitos obstáculos; sin el amparo de sus protectores, que habían regresado a España; y ante el poder de la Inquisición representada por unos “hombres necios” se había visto doblegada y obligada a renunciar a su biblioteca, a sus libros, a su pluma, a su tinta, a morir de manera miserable en un México asolado por la peste.

Un huracán se le vino encima, después de esa forzada renuncia. En eso me quedé pensando. Y en todas las mujeres que durante siglos sacrificaron la letra empujadas por circunstancias sociales completamente adversas.

Se me abrieron en la cabeza las páginas de Virginia Woolf que siglos después de Sor Juana seguía insistiendo en la necesidad de un espacio y de unos medios que aseguraran la continuidad de la escritura. El cuarto propio y suficientes libras, escribió Woolf, que a pesar de tener ambos y de haber escrito libros grandiosos, llegado un punto insostenible para ella se hundió en el río, se dejó arrastrar por sus remolinos.

En eso pensé, en los doscientos cincuenta años que separaban los trágicos finales de esas predecesoras. El huracán pegado a mi ventana, las hojas de los árboles adheridas al vidrio. El reloj avanzando pero el minutero detenido mientras yo esperaba a que el jurado decidiera, en algún oscuro o iluminado salón, a qué escritora de la lengua castellana otorgarle el *premio*, la *beca*, de una próxima novela.

No era entonces solo un cálculo económico, sino un pensar, yo, la delicada relación entre los medios que hacen posible una obra. Y digo *la obra*, no *la escritura*, porque se escribe contra viento y marea, se escribe aunque no se quiera escribir. Pero insisto: cómo sostener la obra. No la escritura de un libro o dos sino su continuidad contra todos los impedimentos que se van sumando. Hasta doblar una mano, hasta torcer unos dedos, hasta maniatar la imaginación en el pensamiento de la necesidad.

Porque esta es la situación de mucho escritor latinoamericano y es acaso aun más la realidad de la escritora en un continente donde tantos escribimos mientras empiezan a extinguirse los lectores. Cada hora de escritura es entonces una hora más de trabajo voluntario por una suerte de causa perdida. En ese sentido (el rumor del viento, los golpes del huracán en la ventana, hay que cerrar las cortinas y tomar distancia), en ese sentido, repito (dando pasos rápidos hacia una cocina desabastecida) no se puede negar que toda literatura tiene su precio. Y digo precio como digo horas de trabajo no remunerado, horas de no descanso, horas contra el mandato social de la belleza, horas hurtadas a los demás y en el caso de tantas escritoras-madres, horas de culposo extrañamiento de los hijos.

En todo eso estaba yo mientras se inundaba la ciudad y se caían los postes de luz y grandes zonas de la isla quedaban a oscuras; pero mi barrio seguía a salvo y yo obtuve la fortuita confirmación del premio y empecé a recibir llamadas de periodistas que junto con felicitar preguntaban por la importancia que le asignaba, yo, a este reconocimiento literario *para mujeres*, a este premio *femenino*.

La pregunta se repetía (y entre tanto, confieso, algo alarmados, llenábamos la tina de agua, y las ollas de la cocina, rebuscábamos en los cajones a ver si había pilas de repuesto y yo veía pasar por mi cabeza el Chile pobre de mi infancia, mi Chile de inundaciones y terremotos y catástrofes, mi Chile de toques de queda, la luz cortada por los bombazos a las torres de alta tensión, los caceroleos). Disculpen este desorden, se me vuelan las ideas. Qué estaba diciendo. Que la pregunta por el Sor Juana como premio de mujeres se repetía con un retintín que de pronto me resultó insidioso, y pensé que el tono de mis interrogadores portaba una acusación.

O sería el viento, que arreciaba, pero no, no era el huracán ni era mi catastrófica imaginación. Era el retorno de una vieja idea, implícita (aunque en otros contextos a veces ha sido también explícita) de discriminación positiva hacia las mujeres, de que otorgarles premios solo a escritoras está obsoleto. O peor: la sospecha de que puestas a competir con sus pares, los premios se los llevarían las novelas de ellos. Y sin duda se los llevarían, han acostumbrado llevárselos. Basta con hacer números hacia atrás. O con examinar un caso iluminador: en España, donde hoy por ley todo jurado debe ser paritario, más escritoras, sobre todo escritoras mayores (en su doble sentido) empiezan a ser reconocidas en concursos abiertos.

Temiendo que se cortara la conexión telefónica (porque ya la luz pestañeaba) me apuré a contestar esas preguntas. Este premio, dije, da cuenta de un ajuste todavía pendiente en el campo literario. Hace 20 años, dije, cuando las escritoras ingresaron de manera masiva y definitiva en el espacio letrado hasta entonces regido por los escritores, la disparidad en el reconocimiento y la difusión era escandalosa. Y continúa siendo muy acentuada, basta con mirar no sólo los números sino fijarse en las obras que mencionan los escritores en sus entrevistas, o en sus ensayos, cuando se les pide hablar de obras. Ninguna Lispector, ninguna Silvina Ocampo, ninguna Marta Brunet o para qué decir Bombal, ninguna Rosario Castellanos o Josefina Vicens o Amparo Dávila, y por supuesto Elena Garro, por nombrar apenas a algunas en una estirpe de narradoras mercedoras de premios póstumos.

Hace veinte años, cuando se fundó este premio, le dije a alguien más, aferrada a la línea telefónica, las escritoras solían ser figuras únicas en cada país. No había espacio para más, ni estímulos. La que lograba entrar, jugándose todo, renunciando muchísimo, era una suerte de heroína trágica o una escritora fatal; incluso, en un par de casos chilenos, hubo escritoras que le dispararon a sus hombres en una operación tan sorprendente como simbólica. Esa escena se ha pluralizado, las tensiones han remitido, pero este premio viene a señalar, acaso tristemente, que la situación continúa siendo desigual. Y es un premio, así lo leo, que se ha propuesto incidir en el campo literario exigiendo una ampliación, iluminando un espacio de escritura invisible o menos visible, y confirmando, no tanto para la premiada sino para las otras, las que vienen con nosotras o detrás, que es posible abrir el campo literario.

Ya no sé si dije esto o lo imaginé. Era tarde. Había ya dejado de sonar el teléfono. No se sentía ningún bocinazo en la calle, ningún rumor de autos. Solo el viento y mi cabeza dándole vueltas a todo en la efímera euforia del instante, diciéndome a mí misma que ha habido dificultades, estancamientos, retrocesos (¿cuántas escritoras inciden en la discusión intelectual, cuántas son llamadas a ser columnistas en periódicos?), ha habido encarnizadas disputas por el control del campo pero también avances visibles en otros espacios de discusión centrados en los textos, donde escritoras y escritores se empeñan más en descubrir lo nuevo que en la confirmación de lo viejo. Cerré los ojos sin apagar todavía la luz y volví

a abrirlos, me enderecé en la cama, no podía dormir. Llegará un momento en que este premio deje de tener sentido, me dije, y ojalá dejara pronto de tenerlo. Acabará por ser innecesario, sí, me dije, y cuando se clausure, quién sabe, en diez, cinco, veinte años, celebraremos a las escritoras que trabajaron mediante su obra por hacerlo superfluo, celebraremos, debemos empezar a brindar por ellas, las escritoras que con su obra pero también con admirable determinación empiezan a volverlo redundante, y celebraremos, celebremos, a Sor Juana por su grandeza y no por su tragedia, por su palabra, encendida, contra el apagón.

Muchas gracias.